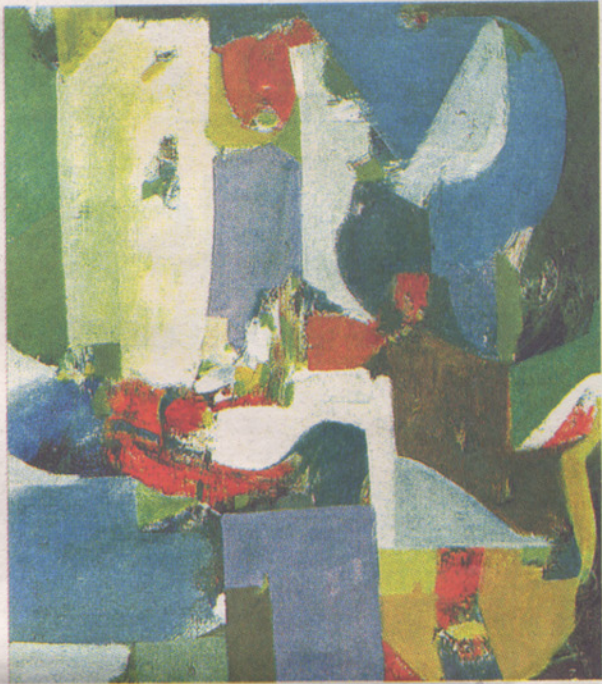


El pintor austriaco Johann Julian Taupe (Gritschach bel Villach, 1954) no es ciego a la luz ni al color, aunque su apellido pudiera sugerirlo. Muy al contrario: ama los colores intensos que halló en el 2002 en el sur de España –en concreto, en Mojácar (Almería), donde el hombre abre los brazos y capta el arco iris– y con ellos construye sus paisajes que vienen de las sensaciones y no de las formas. Estructura dentro de lo que puede parecer desorden –así lo establece la naturaleza y lo sigue haciendo el ser humano– y consigue que la viveza de sus pigmentaciones actúe de una forma que supera la estética para ir hacia la ética de los pensamientos.

Taupe expone en la galería de Esther Monturiol (Diputación, 339, entre Bailén y Girona) hasta el 27 de mayo. Ya lo hizo en junio del 2004 y entonces captó mi atención por su investigación colorista. Me pareció que cada color representaba un estado de ánimo dentro de la compleja organización de las personas. Ahora creo que, sin abandonar las situaciones individuales, ha ampliado su visión a los conjuntos sociales que, diversos entre sí, pueden y deben relacionarse para progresar.

En algunas de las obras de Taupe sentimos lo mismo que cuando desde la ventanilla del avión vemos campos con diversidad de colores, lagos, carreteras, casas y otros elementos. Unos vienen de la naturaleza y otros son producto de la cultura, pero todos dan una buena lección de convivencia.

Dentro de sus valores plásticos, la obra de Taupe me parece un canto a la sociedad dentro de la diversidad. Un canto sin trascendentalismos, pues por sus colores intensos y bien conjuntados, incluso resulta divertido. Estimula el espíritu y, a la vez, hace que el mismo aparque las tensiones diarias. Por desgracia no puede suprimirlas, ya que superadas unas



OBRA DE TAUPE ABAJO, 'VOLDRIA QUE FOSSIS UN ARBRE LLIURE', DE MASSANA

vienen otras, pero consigue que las relativicemos y recordemos la importancia vital de lo sencillo. Recomendando la visita.

Joanpere Massana y la constante maravilla de lo natural. A partir del cambio de siglo, Joanpere Massana (Ponts, 1968) empezó a sentir la necesidad de ex-

plantas y las nubes. Y ahora se sitúa ante los árboles, que quizá tengan –no siempre– sus raíces en la tierra, pero que ganan en importancia conceptual porque con sus copas miran al cielo.

La exposición se ofrece en la galería Carme Espinet (Balmes, 86) hasta el 20 de mayo. El símbolo del árbol –en éste se halla el padre– le sirve al pintor para resumir etapas anteriores y avanzar en la comprensión de su entorno anímico.

Porque si bien Joanpere Massana mantiene la incorporación en sus obras de canicas y semillas que le vimos en exposiciones anteriores, así como realiza montajes con mesas y sillas a escaleta infantil para no abandonar del todo el ámbito que le motivó a realizar la revisión general de la vida a la que antes me he referido, ya lo hace con un lenguaje plástico más adulto en la profundidad de lo que expresa. Y es que los niños creen y cada vez son intelectualmente más exigentes en las explicaciones que se les dan respecto a la realidad. Para imaginar y soñar ya están ellos, mientras que los adultos han de darles pistas que les permitan establecer los propios conceptos.

Jana, la hija del pintor, exige desde su curiosidad y Joanpere Massana ha conseguido con esta exposición no sólo darle elementos de reflexión sino ofrecerle respuestas a sí mismo.



CARME ESPINET

Joanpere Massana halla mayor explicación a la vida

plicar desde la pintura lo que es el constante, variado y maravilloso proceso de la vida. El amor hacia su hija, una niña que se interesa por todo lo que le rodea y no paraba de hacer preguntas, le llevó a interrogarse para poder dar unas respuestas sencillas y coherentes a la vez. Así, sin casi advertirlo, estableció en su hacer plástico la reflexión sobre los juegos, las